



Llamarse Catalina

–¿Catalina? –ha preguntado en voz alta la señorita enfermera.

El nombre más bonito del mundo desde luego no es Catalina.

¡Llamarse Catalina!

Por ejemplo, su hermana Rosalía se llama Rosalía, como nadie de la familia, por puro capricho. Y a su hermano Jaime, qué suerte, le pusieron como al héroe 007, el de las películas.

–Ladejo, Yeims Erre Albaladejo –suele imitar sin fuste el propio Jaime Ruiz Albaladejo.

A propósito, Catalina se ha prometido poner fin a la burla del hermano, que ya está bien...

–Un día de estos vamos a ir juntos a coger gamusinos –la engaña siempre Jaime–. ¿Te parece, enana?

Que si quieres arroz...

Nunca la lleva. Eso que a Catalina le encantaría ir con él a buscar gamusinos, sea lo que fuere ese misterio. Se lo perdona por lo simpática que le resulta esa palabra, gamusino, y también porque este verano Jaime la enseñó a bailar la peonza. Todos los trucos. Ahora Catalina se ha puesto de moda en el colegio y es el asombro de su clase. Embobados se quedan los de tercero viendo cómo aprendió a dominar a la muy traviesa, de la mano al suelo y del suelo hasta la mano, ¡sin que deje de girar!

Lo del nombre.

Con su nombre lo que ocurrió fue que funestas circunstancias hicieron que heredara el de la abuelita, fallecida poco antes de que ella viniera a este mundo.

–Catalina. Si es niña le pondremos Catalina, como tu madre –prometió la suya, doña Carmen, a don Cristóbal, su padre.

Lástima. ¡Con lo que le gustan a Catalina las palabras en su universo y conjunto!

Porque a nadie escapa la precocidad de esta niña con el lenguaje, desde que a los cuatro años de edad, de golpe y porrazo, se iniciara en la lectura de aquel tratado, «De la injerta y de la poda», que rodaba desde antiguo por la casa sobre la mejora de las plantas.

–Es buenísima esta criatura –salmodiaba la abuela a quien quisiera escucharla–. Se pasa la tarde tan entretenida manejando ese tocho.

Y es que Catalina, a tenor del peso del volumen que se le confiaba, con mucho tesón, y poco a poco, alcanzó a controlar la catarata escurridiza –el compendio de hojas rebeldes–, gracias a los lametones propinados a sus dedos índice y pulgar.

–Eso no se hace –solía regañarla doña María, más por costumbre que por temor a los desperfectos a un libro que a nadie interesaba.

Pero Catalina, erre que erre. A medida que controlaba el continente, fascinada por las minuciosas ilustraciones a plumilla, se aplicó en descifrar aquellos misteriosos signos, el secreto de las leyendas que indicaban el qué, cómo y cuándo mejorar el cultivo, la yema y su recorte.

Un portento que culminó aquel día memorable.

–La pera es el fruto de la flor del peral –Catalina soltó la evidencia, libraco en mano, de sopetón y corrido, una fría tarde de invierno, señalando lo que podía leerse al pie de dibujo.

–¡San José bendito! ¡Ha roto a leer! –exclamó doña María dando un respingo en el ganchillo que tejía al escuchar cómo la nieta, sin indicios anteriores de prodigio, releía una y otra vez la frase que se ha-

ría célebre más allá de los confines de los Ruiz y los Albaladejo.

Si Catalina entendía o escapaba a su comprensión el intrínquilis de la noticia, eso es otra cuestión. Lo cierto y verdadero es que en la vida de la pequeña hubo un antes y un después de aquel precioso instante de luminaria y resplandor.

–¡La pera limonera! –exclamaban cuando, a petición del público, repetía el descubrimiento lector–. ¡Es la repera!

Puede decirse, por tanto, que Catalina ya poseía cierto juicio en relación con las palabras cuando decidió que todo el mundo menos ella se llamaba como Dios manda.

Su mejor amiga tenía un bonito nombre, Elena, bueno Ele, solía llamarla Catalina, fiel a ese gusto tan personal por pulir la lengua. En realidad todas sus amistades usaban nombres muy lucidos: Ada (la miniatura de su madre, Inmaculada), África, con un continente para ella sola, Lorena, Karen, Sindy, hasta Ha Ran y Ha Im, las gemelas coreanas... ¿Y Jennifer? ¡Qué decir de Jennifer con ese nombre de actriz y sus dos enes! O las mismísimas Tamara María y Jessica Tatiana.

Porque un nombre para nombrarse y ser dicho no es ninguna insignificancia, y Catalina, la verdad, no acababa de encontrarse a gusto con el suyo.

–¿Cuál es tu gracia? –le preguntaron en cierta ocasión.

Gracia no le veía ella por ningún lado a este nombre de pila. ¿Cata? ¿Lina?

Menuda vergüenza ha pasado esta tarde, en la clínica dental, llegado el turno de su ortodoncia (¡aaaaaay!, sus pobres dientes).

–¿Catalina? ¿Tú eres Catalina Ruiz Albaladejo? –ha preguntado en voz alta la señorita enfermera–. Pues te toca, ¡ea!

Le ha parecido que todas las personas que aguardaban en la sala se volvían a mirarla. Claro, ¡con ese nombre!

Aunque por hache o por be, por resignada dejadez o tal vez debido a las charlas con la tía Clara, hacía un tiempo que Catalina había desistido del empeño por cambiarse el santo.

Por ahora tendrá que esperar a que vuelvan todos a casa y le vean la pinta que tiene con ese aparato que le han puesto en la boca.

Menos mal que su amiga Elena vendrá. Tiene permiso para quedarse a dormir.

Y también está la abuela.

–Pues yo te veo preciosa, como siempre –le ha parecido a doña María su nuevo aspecto.

Hasta que regresen, Catalina decide que se dis-



traerá con el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*.

Le agrada la tarea que puso la maestra de buscar la palabra más bonita del mundo; pese a lo increíblemente difícil que resulta elegir entre todas la mejor, ¡con tanto repertorio!

¿Saltamontes. Ombligo. Nube. Hacer. Bicicleta. Galguería? Ciertamente las hay estupendas.

Aunque hoy no parece un buen día para intentar esa búsqueda. Porque hoy es un día adefesio, desportillado, pánfilo, jopelines, esperpento, mamarracho, cenutrio, cebollino y cianuro. ¡Menuda pinta le ha dejado el dentista!

Buscará por buscar en la letra de su nombre.

Nada en la ce. Bueno, sí, se acaba de tropezar con la palabra cataplasma, persona importuna y molesta; y con cataclismo, gran trastorno; o con catástrofe y calamidad, dos desgraciados sucesos.

De entre todas las de la ce, Catalina elige la palabra catálogo.

Aunque el otro día, en la enciclopedia de su madre, se encontró con un famoso señor romano al que llamaban Catilina... ¡Catilina! Bochornoso para el pobre. ¿Lo llamaría su mamá delante de los amigos?

–Catíííí. ¡A merendar!

Glup, como dice la tía Clara, las cosas siempre pueden empeorar.

Catálogo.

Un catálogo es una lista de personas o cosas puestas en orden. Y en el orden de preferencias de las amistades de Catalina, prioritarias son Elena y Wenceslao, alias Uve. Porque Mateo..., bueno, cuando por fin se incorpore a clase (si es que ese niño llega de una vez), puede que también lo incluya en su lista, en su catálogo particular.

Elena.

Elena y Catalina son amigas desde hace muchísimo tiempo: desde los primeros días de colegio. Toda una vida de amistad fortalecida a raíz de aquel episodio, en la Escuela Infantil, cuando Catalina estrenó el gorro que le regaló la abuelita María. El gorro estaba tejido a franjas, con lanas de muchos colores, y arriba del todo, en lo más alto, lo adornaba un vistoso pompón multicolor. El gorrito era muy agradable y a ella le gustaba especialmente.

–Me calienta el cerebro y las orejas –decía sin entender por qué se burlaban de ella los de su clase.

–Eh, Catalina, ¡cabeza de pompón, cabeza de pompón!

Justo hasta el día en que perdió la paciencia y, enfurecida, comenzó a echar contra sus compañeros, a puñados, los guijarros de la entrada del colegio.

La profesora la castigó sin recreo y sin atender sus lamentos.

Menos mal que estaba allí Ele, como siempre retrasada en los deberes, que en cuanto tuvo ocasión de acercarse a ella, le dijo:

–Pues a mí, tu gorro me parece muy precioso. Yo le he dicho a mi madre que quiero uno igual.

Aquellas mismas navidades coincidieron nuevamente en el grupo de ensayo de los villancicos. Cántricos, por cierto, en los que recuerda Catalina uno de sus encuentros más penosos con las palabras.

Ay, las palabras. ¡Qué cosas! ¿Cómo se podía cantar tan alegremente lo que a ella le producía una tristeza profunda?

La Noche Buena se vieee-ne, tururú.

La Noche buena se vaaa-a.

Y nosotros nos ireemos, tururú.

Y no volveremos mááá-ás.

No volveremos más, lo decía bien claro la canción.

Lloraba Catalina al entonar esas palabras y nadie sabía el porqué.

Menos mal que estaba Elena. Porque Ele no preguntaba, Ele se limitaba a pasarle el brazo por el hombro.

Por eso mismo, entre otras razones, Catalina necesita esta noche a Elena. Ella es la mejor de las amigas, de la clase, de su barrio, de Murcia y de la bola del mundo. Además Ele tiene ese toque exótico de ser de por ahí. ¡Eso no es ninguna pamplina! Ya le hubiera gustado a Catalina ser como la amiga, de Salamanca... Salamanca es una ciudad preciosa que está más allá, bien lejos. En cambio ella es de aquí mismo, de toda la vida, ya ves, con la de sitios que hay en el mundo había venido a nacer acá. Incluso dos amigas de la playa eran del mismo Majadahonda, tan cerca de la capital de España; y había una de Moratalla, e incluso de Villena era otra. Esos sitios sí debían ser estupendos, pensaba Catalina para su colete. Hasta el primo Jorge había nacido en Gijón.

Catalina se detuvo un instante: ¡Jorge y Gijón! Jota y ge.

Jorge. Jamón, jalar, jarrón, jengibre, jolgorio, juego y juerga. Gijón.

No serían esas las palabras más bonitas del mundo, pero a Catalina, con aquella cosa rara, esa especie de alegría, pálpito y desazón que le producen desde siempre algunas de ellas, le empezó a picar la garganta y le entraron ganas de reír y de hacer gárgaras.

